

EL MENDIGO DE VALDECARROS

Organo del Asilo de pobres transeuntes.

CON CENSURA ECLESIASTICA

DIRECCION: CASA RECTORAL

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN: SE REPARTE GRATIS.-SE SUPLICA UNA ORACIÓN O LIMOSNA PARA LOS MENDIGOS



En el próximo Febrero se celebrarán solemnes funerales y se aplicarán por los pobres los sufragios de costumbre, en bien de las almas de los cooperadores siguientes:

El día 17, por el eterno descanso de don Rafael Beato y Sala; el 22, por el de doña Emilia Blanco Téllez, y el 27, por el de don Victoriano García Sánchez.

Suplicamos a los cooperadores de este nuestro Asilo de Mendigos, nos comuniquen las desgracias de familia, con el fin de aplicarles los mismos sufragios.

Del uso de las riquezas.

Como las riquezas son de suyo indiferentes para el bien como para el mal, acertadamente expone San Clemente Alejandrino el uso que de ellas se ha de hacer. No hay que arrojar las riquezas que ceden en bien del prójimo, pues se dicen posesiones porque por naturaleza son para ser poseídas, y llámense sostenimiento, porque Dios las destinó para servir a las necesidades humanas. Por lo demás, todas ellas se nos ponen delante como materia e instrumento que sabrán emplear bien los que sepan la fuerza del instrumento. Si procedes conforme a las reglas del arte, resulta la obra de arte; si careces de arte, tú eres el culpable, siendo ellas inmunes de toda culpa. Así son también las riquezas, no son más que instrumento. ¿Usas de ellas conforme a justicia? Ellas te sirven de auxiliares. ¿Las empleas en injusticias? También son auxiliares de la injusticia; pues es propio de las riquezas el servir, no el mandar o gobernar. Siendo, pues, las riquezas de suyo ni buenas ni malas, y careciendo por sí mismas de toda culpa, no hay por qué reprenderlas, sino el arbitrio propio, del cual depende el bueno o mal uso. Nadie, pues, destruya las posesiones y riquezas, sino los afectos y pasiones que nos estorban el usar de ellas en bien de la virtud.

Del Asilo de Valdecarros.

En este momento, queridísimos cooperadores, terminamos la labor del día. Ochenta pobres de Cristo han venido hoy, y después de las oraciones e instrucción, tomaron de postre una migada de cuarenta cuartillos de riquísima leche caliente, de las vacas, que en nombre del Divino Niño les habéis querido regalar. Dios os bendiga y os lo pague en bienes celestiales. *La doncella* y *La rubia* se portan admirablemente, y cuando el popular Domingo, encargado de su alimentación y custodia, las saca del establo para llevarlas al campo, le sigue una multitud de niños y vuelven la cabeza al buen hombre a fuerza de preguntas: Señor Domingo, ¿de dónde han venido estas vacas? ¿Cómo tienen así los cuernos? ¿Cuánto costaron? ¿Son del señor Cura? ¿Del Asilo? ¿De los pobres? ¿Morrán mucho? ¿Cómo se llaman? ¿Nos dará el señor Cura a probar la leche? Yo creo, les dice el simpático jefe de cocina, que si sois muy buenos y aplicados en la escuela y en la doctrina, acabará el señor Párroco por daros una migada cuando no necesite la leche para los pobres. Por cierto que ya os dije, queridísimos cooperadores, que con una buena vaca tendríamos bastante, aun cuando hubiera necesidad de reunir la leche de dos días para cada uno de los días que vienen los pobres; quedaría para la venta la leche de tres días cada semana, para ayuda de la compra del cebo. Mas en vuestra inagotable caridad, habéis querido que sean dos, y tal vez correremos el riesgo de no poder algunas temporadas vender toda la leche, pues si bien Valdecarros consume gran cantidad, casi todas las personas pudientes tienen cabras en casa para su remedio; la experiencia nos dirá lo que debemos hacer, velando siempre por el bien de los pobres.

Por ahora, inventariadas quedan a favor del Asilo las dos vacas que se tomaron en Aldeatejada: costaron once mil reales y están pagadas. Resta, después de daros las gracias en nombre del



Señor, invítaros a que vengáis a alguna de nuestras solemnidades, a probar la leche de vuestras vaquitas y, singularmente, a comulgar con los pobres, a servirles la mesa, a edificarlos con vuestro santo ejemplo. También he recibido muchas prendas de ropa, cuya mayor parte ha sido repartida ya; sólo de dos casas (la del excelentísimo señor don Bernardo Olivera y la de una dama peñarandina), se han recibido trescientas prendas, interiores casi todas, pero muy útiles, en muy buen estado y de mucho abrigo. Unid a todo esto vuestras oraciones por la evangelización de los mendigos, y negocio redondo. El Divino]Niño os colme de gracia y bendiciones en el año que comenzamos ahora.

EL CURA DE VALDECARROS

Enero de 1910.



El peregrino.

En un hermoso castillo, en el cual ha mucho tiempo no quedó piedra sobre piedra, vivía un opulento caballero que empleaba cuantiosas sumas en decorarlo, haciendo en cambio muy poco bien a los pobres.

Un día, un pobre peregrino llamó al castillo pidiendo albergue para pasar la noche; rechazólo el caballero bruscamente diciéndole:

—Este castillo no es casa de huéspedes.

El peregrino contestó:

—Si me permitís que os haga tres preguntas solamente, me marcharé contento.

—Con esa condición podéis preguntar, que yo os contestaré con gusto.

El peregrino dijo entonces:

—¿Quién ocupaba este castillo antes que vos?

—Mi padre—dijo el caballero.

—¿Y antes de vuestro padre?

—Mi abuelo.

—¿Y quién acaso, después de vos, lo ocupará?

—Si Dios quiere, mi hijo—respondió aquél.

El peregrino dijo entonces:

—Si sólo un corto espacio de tiempo cada uno de vosotros lo habita y siempre al otro hace sitio en su recinto, ¿qué sois aquí sino huéspedes? Y este castillo, ¿qué es más que una posada? No empleéis tanto en adornar magníficamente una mansión que tan poco tiempo os alberga bajo su techo; haced bien a los pobres, y entonces os fabricaréis eternamente una morada en los cielos.

El caballero guardó estas palabras en su corazón, recogió al peregrino durante la noche e hizo más benéfico para con los pobres, teniendo presente esta infalible verdad:

«Del mundo la opulencia desaparece
y sólo el bien que hacemos permanece.»

JUAN G. LOPEZ DE QUESADA.

RECETA PARA BIEN DORMIR

*Erase un hombre y un nombre
cual véis en silencio paso,
pues lo importante del caso
no es el nombre sino el hombre.*

*Cuentan de él que era inhumano,
tanto, que con cara impia
viendo a un pobre le decía:
—Perdona por Dios, hermano.*

*Y era rico: en brillo al sol
sus joyas dábanle guerra;
no recuerdo bien su tierra;
pero, en fin, no era español.*

*Tenia criados, coche,
y cuanto a su afán cumplía;
miento; sólo no podía
pegar los ojos de noche.*

*Todo el protomedicato
en vano le visitaba,
y el pobre señor gritaba:
—¡Si no me curan, me mato!*

*Con este clamor eterno,
dejando la blanca alfombra,
renegando de su sombra
salió a la calle, era invierno.*

*Con su alma forrada en cobre,
marchaba sin dirección,
cuando en cierto callejón
le salió al encuentro un pobre.*

*—Señor—dijo—a usted acudo:
una limosna por Dios;
es invierno y somos dos
a dormir sobre un felpudo.*

*Yo no sé que oculta llama
le hirió entonces con su brillo,
que alargándole el bolsillo
contestó: —Para una cama.*

*Volvió a su casa risueño,
la cabeza recostó
sobre la almohada, y pasó
toda la noche en un sueño.*

*Y oyó al despuntar la aurora
que una vez libre de enojos,
dijo: —Dios cierra los ojos
del que consuela al que llora.*

Heroína de la caridad.

Merece especial mención, dice en el proceso de Beatificación de la Madre Sacramento, un testigo fidedigno (Sor Cecilia de Santa Teresa, religiosa Carmelita), la caridad con que la sierva de Dios asistió, durante la epidemia, a los pobres coléricos (a los 25 años de edad); llenó de admiración a todos los buenos, que unánimes decían que sin una gracia de Dios muy especial, no cabía tal caridad; a muchos libró de la muerte con sus exquisitos cuidados, y su ejemplo estimuló a permanecer en Guadalajara y asistir a los pobres coléricos y a otras varias personas que, tímidas, habían determinado huir.

Y don Juan Bautista García Rodríguez «me consta—dice, que la sierva de Dios, residió en Guadalajara, en el año de 1834, y allí, ella y su madre, ayudaron mucho a los pobres coléricos, tanto que, según decía el señor Ramírez, salvaron a muchos de la muerte, por los socorros que les proporcionaban en ropas, medicinas y alimentos.»

Y doña Bernarda, ahijada de la Condesa del Pozo: «me consta que Madre Sacramento trabajó muchísimo en socorrer, consolar y alimentar a los pobres coléricos, dándole lo necesario, en un patio de su casa, y aun creo, aunque no con certeza, que asistía a los mismos, en los hospitales y en sus casas.»

Y la misma joven Micaela, con encantadora sencillez y veracidad, dice en su autobiografía, que de tres a cuatro mil fueron las piezas de ropa que hube de llevar a las casas que decían los señores párrocos. Visitaba además a los coléricos y les hablaba de Dios y de la Virgen, cada día, interin duró el cólera.



Limosnas de San Serapión.

Un día, San Serapión encontró dos pobres cubiertos de harapos y yertos de frío. Compadecido en extremo, les dió sus vestidos, quedando en mangas de camisa.

De vuelta a su casa, le preguntaron si algunos malhechores le habían despojado. No,—respondió él,—acabo de cumplir con el precepto que dice: «El que tenga dos túnicas, dé una al que no tiene.»

En otra ocasión, hallándose en Egipto, donde los habitantes se encontraban reducidos a la más extrema escasez, llegó a vender lo que más esti-

maba, su libro de los Evangelios, para comprar pan con el producto de la venta, y distribuirlo entre los pobres.

Como se lo reprocharan sus hermanos, exclamó: Escrito está: «Id, vended lo que poseéis y dadlo a los pobres.»

Sabiendo un día, que un acreedor implacable, se disponía a vender, como esclavo, a su deudor, enternecido, a la vista de la desolación en que se encontraban la esposa e hijos de éste, se ofreció en lugar suyo para ser reducido a la condición de esclavo.

El acreedor aceptó la propuesta. Pero bien pronto, la dulzura, paciencia y caridad sin límites del Santo, hicieron honda impresión en el ánimo de su dueño, quien, no sólo le dió la libertad, sino que también se convirtió al Cristianismo con toda su familia,

El que es misericordioso con el pobre, presta al Señor con interés, y el Señor le pagará con creces.
(Prov. XIX).

La pequeña bienhechora.

Era un invierno frío y crudo. Erminia, hija única de unos padres caritativos, recogía todas las migajas y pedacitos de pan que caían de la mesa y los conservaba cuidadosamente.

Dos veces al día bajaba al jardín a esparcir aquellas modestas provisiones, y los pájaros volaban presurosos a recogerlas. Jamás la niña descuidaba esta tarea, aunque muchas veces su carita y sus manos se quedaban lívidas por el intenso frío que hacía.

Su padre, observándola y alegrándose en el fondo de su corazón de verla tan atenta a aquella obra de piedad, le preguntó:

—¿Por qué haces eso, Erminia?

—La naturaleza entera está cubierta de nieve y de escarcha—contestó la niña;—los pajaritos no pueden hallar qué comer, carecen de todo. Por eso yo los alimento, como hacen los ricos ayudando y asistiendo a los pobres.

El padre añadió:

¡Pero tú no puedes proveer a las necesidades de todos!

—Cierto—replicó Erminia;—pero dime, papá:

¿no hacen todos los niños del mundo lo que hago yo, y no hacen todos los ricos lo que hacéis vosotros, ayudando y asistiendo a los menesterosos?

El padre miró a la madre de la niña que los escuchaba enternecida, y exclamó:

—¡Oh, santa inocencia!

E. M.

Dichoso el que atiende al pobre; en el día malo le libraré el Señor. (Ps. XL, 1).

Más felicidad hay en dar que en recibir.—San Pablo.

Donativos para el Asilo de Valdecarros.

Don José Clavijo, 10 pesetas; doña Rosario Perlines, 5; don Marcelino Hernández, 6; doña Teresa García, 2; doña Cristina López, 2; don Lorenzo Maestre, 5; don José M. Hernández (de Porteros), media fanega de garbanzos y ropa; don Antonio Peláez, 5 pesetas; don Andrés Charro, 10; don Daniel Martín, párroco, 3; don Honorio Alonso Rodríguez, 5; doña Modesta Nieto de Alonso, 5; señoritas Lilia, Guadalupe, Cecilia, Esperanza y Modesta y Antonio Alonso Nieto, 6; don Alfonso González, 5; don Graciliano Pérez Tabernero, 50; don Emilio García y García, 25; el niño Francisco Sánchez Rodríguez, 1; la niña María Sánchez Rodríguez, 1; el niño Marcelino Sánchez Rodríguez, 0,50; una dama, por conducto de don Paulino Hernández, 15; una dama y una distinguida señorita cristianas, de la cuota del mes de Diciembre, 5; una culta y piadosa profesora de la Normal de Maestras, 5; muy ilustre señor Doctoral, 10; don Dámaso Cabezas, 5; una persona piadosa, 2; doctor don Tomás Serna Puente, 25; don Enrique Benavides, 2; don Ricardo Caballero, párroco de Horcajo, 4; don Francisco Sancho, un pan; doña Engracia Martín, un pan; una dama salmantina, dieciocho prendas nuevas; una dama de Peñaranda, ochenta pares de medias y calcetines; una persona piadosa, una docena de medias; don Baltasar Nieto, 0,50 pesetas; una persona piadosa, 5; doña Leopolda Gallego, 2,50; doña Concepción, viuda de Rivas, 2,50; don Santiago Sexmilo, arcipreste, 3; señores hermanos Hidalgo, de Terrones, 50; don Santiago Sánchez, de Terrones, 15; dos niños piadosos de esta ciudad, 10.

Dios se lo pague.



Sapientísima defensa del pobre.

El Doctor de la Iglesia, San Juan Crisóstomo, en su empeño santo de introducir en las casas de moderadas conveniencias, la devoción de asistir a un pobre de Cristo, acumula buen número de argumentos, de los que tomaré los que más hacen a nuestro propósito, dada la índole de la revista.

No se pide cosa dificultosa—dice—; porque con los desperdicios de la mesa, se puede sustentar una criatura, que, por su estado humilde, se contenta con poco; y más bien dará Dios Nuestro Señor a la casa, por el pobre, que al pobre le darán en la casa.

Consideren algunos hombres profanos, cuánto gastan voluntariamente en dar de comer a los perros, que siquiera pueden excusar uno de ellos, y nada les duele por el divertimento natural de sus personas, y hágase el cómputo con el gasto, y lo que se emplea inútilmente con un perro, no se juzgue perdido con un pobre del Señor.

Si hay espíritu de Dios, verdadero, apenas se hallará casa, de medianas conveniencias temporales, donde no se pueda quitar una u otra profanidad o gasto superfluo, el cual se puede felizmente conmutar en el alimento preciso de un pobre de Cristo, y por lo que el pobre gasta, descienden sobre la casa muchas bendiciones del Cielo.



REFLEXIONES

*Dice el hombre que es sabroso
y de exquisitez muy grande
el placer de la venganza.
¡Qué sabe el mundo! ¡Qué sabe!*

*Yo he visto a la abeja rubia
clavar su aguijón punzante,
y es muy verdad que se venga,
¡pero sucumbe al vengarse!*

*¿Te molesta el amargor
de la ingratitud menguada
que el hombre guarda en su pecho?*

*Pues cuando hagas un favor
tiende al cielo la mirada
y... ¡olvida el favor que has hecho!*

Imprenta de El Salmantino.—P. de S. Isidro.